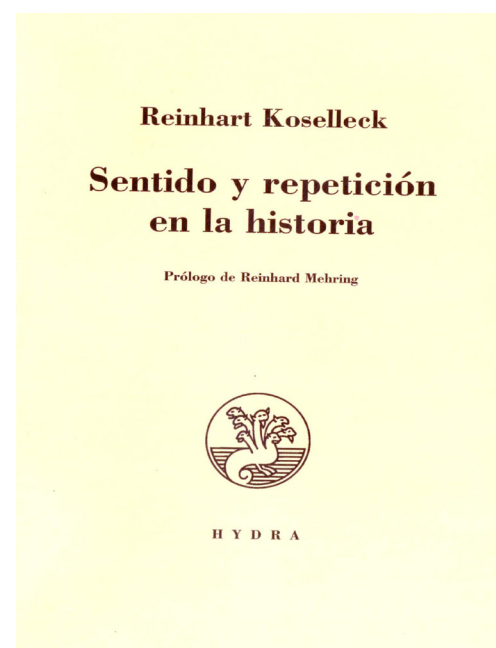


RESUMEN: La reciente traducción de los textos que forman el libro *Sentido y repetición en la historia* de Reinhart Koselleck brinda la oportunidad de reflexionar sobre la aportación de éste autor en particular y de la *Begriffsgeschichte* –historia de los conceptos– en general a la historiografía del último tercio del siglo XX. También para analizar las implicaciones políticas y metodológicas de la corriente y su lugar en el esfuerzo de los historiadores alemanes por superar la crisis del viejo historicismo.

ABSTRACT: The recent translation of the texts that form the book *Sense and Repetition throughout History* by Reinhart Koselleck give us the opportunity to reflect on the contribution of this author in particular and on *Begriffsgeschichte* –history of concepts– in general to the historiography of the last third of the XX century. The book also invites to analyze the political and methodological implications of the trend and its place in the effort of German historians to overcome the crisis of old historicism.

REINHART KOSELLECK, *Sentido y repetición en la historia*, prólogo de Reinhard Mehring, traducción de Tadeo Lima, Hydra, Buenos Aires, 2013, 171 pp. ISBN 978-987-24866-9-3. (Textos extraídos de *Vom Sinn und Unsinn der Geschichte*, Suhrkamp Verlag, Berlín, 2010.)



Palabras clave:
Koselleck
historia
historiografía
historicismo
conceptos
Begriffsgeschichte



Uno de los efectos colaterales de la derrota alemana en la Segunda Guerra Mundial fue el eclipse progresivo de una manera de escribir historia que había alcanzado un inmenso prestigio desde el siglo XIX: el historicismo. De Leopold von Ranke a Friedrich Meinecke, una larga lista de historiadores alemanes habían logrado convertir su concepción de la historia como “ciencia de lo particular”, su metodología “individualizante” y alérgica a cualquier contaminación sociológica, y su atención prioritaria a los asuntos políticos y al estado como “individuo histórico”, en un modelo historiográfico sólido y fecundo cuyos resultados eran admirados por propios y extraños. Evidentemente, el gradual descrédito de esa hasta entonces vigorosa corriente cabe vincularlo, más que a la derrota militar, a su identificación con el nacionalismo alemán (o, mejor, con el modo prusiano de entenderlo), del cual el nazismo era considerado, con razones sobradas, una excrecencia final. Claro está que el historicismo no tenía ninguna responsabilidad directa en las atrocidades nazis y que su presencia en el caldo de cultivo en que se gestó la funesta ideología nacionalsocialista no debería ser exagerada, igual que Richard Wagner, fallecido en 1883, no es culpable de los campos de exterminio organizados más de cincuenta años después de su muerte, a pesar de su odioso antisemitismo o de la cercanía de algunos de sus descendientes a Adolf Hitler. Pero las asociaciones que tienen raíces en la realidad no son fáciles de ocultar ni de quebrar. La música de Wagner sigue excluida de las salas de concierto israelíes (Daniel Barenboim, judío cosmopolita, se atrevió a romper el tabú en una ocasión y, como es sabido, se produjo un notorio escándalo). Y el historicismo alemán quedó para muchos manchado del pútrido lodo del camino que desembocó en la barbarie.

Ni Ranke ni Wagner –ni tampoco Bismarck, Nietzsche o Gobineau– conducían necesariamente a Hitler y a sus horrores. Es difícil precisar si se habrían reconocido como antecesores o inspiradores suyos, y lo más sensato al respecto consiste en suspender el juicio. Pero Hitler existió y se nutrió de su legado. El huevo de la serpiente fue incubado por demasiados progenitores de renombre que no conocían el futuro, y no podremos saber nunca

cuántos de ellos se habrían horrorizado si hubieran tenido la oportunidad de contemplarlo. La presencia de los historicistas en la poblada nube de precursores del mal que se vistió de cruz gamada es innegable. ¿Pero hasta dónde llega la responsabilidad de los padres en lo que hacen los que se dicen sus hijos?

Ahora bien, no sólo la afanosa labor de los historiadores alemanes contribuyó a aquella tragedia en dos actos que fueron las dos guerras mundiales. Gran parte de la historia decimonónica y de la de las primeras décadas del siglo XX fue concebida, practicada y utilizada por doquier, y con más o menos desparpajo, como una poderosa arma al servicio del nacionalismo, de cada nacionalismo. Los “Estados nacionales”, en pugna con las resistencias centrífugas generadas por los localismos persistentes, y en pugna cada uno con los otros estados, requerían a los historiadores la construcción de un “nosotros” nacional, a ser posible con nobles orígenes y un pasado prestigioso. La vieja idea de Edmund Burke, formulada en su lucha contra los principios universalistas de la revolución francesa, de que el Estado es una asociación entre los vivos, los muertos y los que han de nacer, tendió a ser aceptada de manera tácita, confiriendo a la historia el poder de revivir y hablar en nombre de los muertos y la responsabilidad de educar en sus valores a los vivos. Y frente a un “nosotros”, dibujado siempre en positivo, era imprescindible construir un simétrico “los otros”, preferentemente en negativo. No es extraño que el campo en que los historiadores se movían más a gusto fuera el de la historia de las relaciones internacionales, con sus guerras, sus alianzas y sus tratados de paz. Ni que su contribución fuera decisiva para llenar de contenidos aparentemente veraces los peligrosos desvaríos de unos nacionalismos que afilaban las uñas para el combate. Las ratas de archivo producían, así, en el nombre de “la verdad”, un sofisticado veneno que obnubilaba las mentes y las entregaba a la sagrada causa de la respectiva nación.

El fatal resultado es conocido. En 1914 las masas “nacionalizadas” aplaudieron de manera entusiasta el estallido de la guerra. En 1939 la guerra renació, fortalecida, de sus cenizas: en 1918 había quedado mal cerrada y na-

cionalismos aún más exacerbados —el fascismo italiano, el nazismo alemán, el ultranacionalismo japonés— estaban dispuestos a llegar tan lejos como fuera preciso para conseguir sus objetivos de poder. No hubo que esperar a la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, para que Paul Valéry, que había vivido los desastres de la Primera, considerara a la historia —a aquella historia al servicio del nacionalismo que predominaba en toda Europa— como “el producto más peligroso que haya elaborado la química del intelecto”, una sustancia de la que detallaba sus efectos: “hace soñar, embriaga a los pueblos, engendra en ellos falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus viejas llagas, los atormenta en el reposo, los conduce al delirio de las grandezas o al de la persecución, y vuelve a las naciones amargas, soberbias, insoportables y vanas”.¹

La crisis del historicismo alemán fue, por tanto, un episodio más en el descrédito de esa “vieja” historia que, con diferentes ropajes, se había enseñoreado de Europa —y más allá— desde los ya muy lejanos tiempos del romanticismo. Un episodio tardío y especialmente relevante, cabe añadir, ya que la escuela rankeana había alcanzado un predicamento simpar a nivel internacional entre los estudiosos de tan larga época. El profesor Juan José Carreras, que fue hasta su muerte el historiador español más versado en historiografía alemana, indicó que esa crisis del historicismo fue lenta y prolongada. En 1945 no se produjo nada que pueda hacer pensar en una ruptura radical con la tradición historiográfica anterior. Los historiadores que siguieron disfrutando de sus cátedras en la Alemania Occidental no abandonaron la consabida metodología individualizadora, aunque intentaron remozarla en algunos aspectos (abriendo la mano, por ejemplo, a aportaciones de las ciencias sociales, concebidas siempre como meros auxiliares heurísticos).² Es más, apostillamos nosotros, el último gran historicista, el octogenario Friedrich Meinecke (el “Néstor de los historiadores alemanes”, lo ha llamado con gracia el profesor de la Universidad del País Vasco Ludger Mees),³ fue elegido en 1948 como primer rector —honorario— de la Universidad Libre de Berlín. Pero que no haya ruptura radical, aclaraba Carreras, no quiere decir que no haya ruptura. El historicismo comenzó a batirse

1. PAUL VALÉRY, *Regards sur le monde actuel*, Librairie Stcock, Delamain et Boutelleau, París, 1931, p. 19. Traduzco yo mismo del original.

2. JUAN JOSÉ CARRERAS ARES, ‘La historiografía alemana en el siglo XX: la crisis del historicismo y las nuevas tendencias’, *Razón de Historia. Estudios de historiografía*, Marcial Pons, Madrid, 2000, pp. 58-72.

3. LUDGER MEES, ‘La “catástrofe alemana” y sus historiadores. El fin del régimen nacionalsocialista 50 años después’. *Historia contemporánea*, 13-14 (1995), pp. 465-486.

en retirada (y alguno de sus más conspicuos epígonos no dudó en realizar examen de conciencia) y su pausada agonía se alargó hasta que el relevo generacional iniciado en los años sesenta —aquellos tiempos del “milagro alemán”— hizo entrar a la historiografía germana en una nueva y floreciente etapa. A partir de entonces la reputación de los historiadores alemanes se recuperó notablemente, y la restauración de ese prestigio tuvo poco que ver con la tradición historicista: como afirmó uno de los protagonistas del cambio de paradigma, Hans-Ulrich Wehler, el gremio histórico se hizo heterogéneo.

A mi modo de ver (y aun a riesgo de incurrir en una simplificación grosera, y prescindiendo, quizá injustamente, de la historia cultivada en la Alemania Oriental mientras existió), han sido tres las corrientes que han contribuido con más peso a la transformación de la historiografía alemana en el último tercio del siglo XX. Una es la llamada Escuela de Bielefeld (ya que fue en la universidad de esta ciudad, fundada en 1969, donde encontró principal acomodo), con adalides como el citado Wehler y Jürgen Kocka. Se trata de un grupo que ha introducido en Alemania la consideración de la historia como ciencia social —algo común en otras historiografías desde tiempo atrás y que la fortaleza del historicismo había vetado hasta entonces en ese país— y que ha bregado por dotarla de honduras teóricas procedentes de la filosofía y la sociología. Protegido por la larga sombra de Max Weber, y sin miedo a mirar a la cara y a utilizar a Karl Marx, su trabajo se ha valido también de los métodos extraídos de historiadores franceses como Ernest Labrousse y los *annalistes*. La intervención de algunos de sus integrantes en la *Historikerstreit* —la porfiada “disputa de los historiadores” que se desarrolló a mediados de los ochenta en torno a la interpretación de la Alemania nazi— del lado del archiconocido filósofo Jürgen Habermas contra el revisionismo de Ernst Nolte (que, junto a sus secuaces, sostenía que el régimen nazi sería una simple reacción al peligro bolchevique, con lo que las atrocidades nazis se convertían en medidas de autodefensa contra la amenaza roja, y daba igual que esa amenaza fuera real o imaginaria, de manera que la responsabilidad alemana en tales crímenes se transfería con inaudito des-

caro a una previa responsabilidad soviética), demostró la madurez alcanzada por la escuela y la fertilidad del camino emprendido.

Una segunda corriente, un poco más tardía, es la *Alltagsgeschichte* o “historia de la vida cotidiana”, centrada en el estudio de lo que uno de sus cultivadores, Alf Lüdtke, ha llamado “la práctica de la multitud”. Es decir, “las formas en que los hombres se apropian de las condiciones en que viven, producen experiencias, utilizan modos de expresión e interpretaciones”.⁴ Se trata de un enfoque innovador muy crítico con el exceso de teoría y que reacciona contra el “estructuralismo” y la ambición generalizadora de la historia entendida como ciencia social, acusada de olvidar las vivencias personales e individuales, que está lejanamente emparentado tanto con la microhistoria italiana –al practicar también la reducción de escala–, como con la historia de la vida privada francesa y con la historia “desde abajo” británica, que hace abundante uso de la historia oral, y que fija su atención en la conducta diaria de los seres humanos, tanto de los prominentes como de los supuestamente anónimos, “corrientes”, que son considerados por igual actores históricos. Un enfoque renovador que quizá quepa mirar, a mi modesto entender, como la versión alemana del más que interesante “posmodernismo historiográfico” que agitó por doquier la aguas de la disciplina en las décadas finales del siglo XX. A Kocka, por cierto, no le gustó nada. El carácter fragmentario y poco sistemático de la producción de los historiadores de la vida cotidiana contenía, según él, el peligro de recaer en el manido historicismo. Lutz Niethammer, en nombre de éstos, argumentó que aspiraban tan sólo a la reconstrucción de la verdad, lo que no dejaba de ser algo que podría haber dicho cualquier seguidor de Ranke. Sin embargo, las diferencias tanto de método como de objetivos e intereses entre los viejos historicistas y la novedosa *Alltagsgeschichte* son suficientemente notorias como para que establecer cualquier relación o línea de filiación entre ellas se resuma en un intento de buscarle los tres pies al gato.

La tercera corriente, que no fue la última en aparecer en el tiempo, consiste en el llamada *Begriffsgeschichte* o “historia de los conceptos”, que tuvo como jefes de filas a Werner

4. ALF LÜDTKE, ‘De los héroes de la resistencia a los coautores. “Alltagsgeschichte” en Alemania’. *Ayer*, 19 (1995), pp. 49-69.

Conze (1910-1986), a Otto Brunner (1898-1982) y a Reinhart Koselleck, más joven que los anteriores y que acabó por convertirse en su principal figura. Los tres fueron los editores del descomunal *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland* –el famoso diccionario sobre *Conceptos históricos fundamentales* que es la principal realización de la escuela–, que comenzó a publicarse en 1972 y que culminó en 1997 (con Brunner y Conze ya fallecidos y Koselleck como cabeza visible de la edición). Ocho volúmenes, cerca de 9000 páginas y un amplio elenco de especialistas elegidos con un criterio muy amplio –Nolte, por ejemplo, redactó las voces *Diktatur* (dictadura) o *Faschismus* (fascismo); Kocka, *Angestellter* (empleado)– hicieron de esta obra el mayor monumento de la historiografía alemana posterior a la Segunda Guerra Mundial.

Koselleck, nacido en 1923 y fallecido en 2006, se convirtió, gracias a una producción escrita en que la cantidad y la calidad iban parejas, en el principal teorizador de la corriente, reflexionando sobre epistemología y metodología histórica con envidiable agudeza y portentosa erudición, así como con ambición interdisciplinar. Naturalmente, fue su trabajo de historiador de pura cepa el que permitió la reflexión teórica que fue consecuencia de ese trabajo. Conviene, en mi opinión, recordarlo, ya que el inusitado interés que sus aportaciones han despertado entre filósofos y politicólogos nos puede llevar a olvidar que, ante todo, su inspiración provenía de musa tan vieja como Clío. Ya es un lugar común recordar que el influyente filósofo Hans-Georg Gadamer, el hermeneuta (con el que la historia conceptual en su conjunto, y Koselleck en particular, tienen una importante deuda), lo tildó de “historiador pensante”. Y, sin duda, muchos de sus textos, redactados en un lenguaje elegante y preciso –en 1999 llegó a recibir el premio Sigmund Freud de prosa científica– están entre lo mejor que cualquier historiador haya creado en un tiempo de gran vitalidad historiográfica.

Joaquín Abellán, catedrático de Ciencia Política de la Universidad Complutense, caracterizó la historia de los conceptos como “un método especial de la crítica de fuentes que presta atención a la utilización de los térmi-

nos sociales o políticos relevantes y que analiza especialmente expresiones básicas de contenido social o político”, de manera que centra sus esfuerzos “en las conceptualizaciones que acompañaron los cambios históricos del pasado”.⁵ Los conceptos seleccionados son estudiados como indicadores del cambio, lo que significa que no se toman aislados, sino inmersos en un entorno histórico de grandes alteraciones sociales, ya que se trata de dar razón a través de ellos del surgimiento de la “modernidad” y de la disolución del mundo anterior, llegando hasta nuestros días. Y encontrando en el lapso temporal que va de 1750 a 1850 el período en que, en Alemania, se acumula la aparición de nuevas significaciones para términos ya existentes y la creación de nuevos vocablos, lo que refleja –o, mejor, lo que conforma una parte inseparable de– la transformación que está sufriendo la sociedad.

A Koselleck le interesaba, por tanto, la función político-social de la palabra, no su función lingüística. Y su propósito como historiador “pensante” no se acotaba en indagar y reconstruir los diversos y sucesivos estratos históricos que contienen los conceptos y les dan significados cambiantes, sino que aspiraba además a elaborar una teoría que diera cuenta de las condiciones de posibilidad de esa indagación y de esa reconstrucción. Miraba los conceptos como registros de la realidad y, a la vez, como factores de cambio de la propia realidad. Su tarea investigadora tendió a demostrar que la relación entre las voces tomadas como guía y el correspondiente proceso histórico no era necesariamente unívoca, que las alteraciones de sentido de los vocablos elegidos y las transformaciones del contexto histórico no siempre seguían el mismo ritmo. “El significado de las palabras y su uso nunca tienen una relación de uno a uno con lo que llamamos realidad”, sostenía Koselleck en uno de sus trabajos, “a veces es la conceptualización de la realidad la que va por delante de ésta” (sería éste el caso de la Ilustración), “y otras veces es la realidad la que va por delante de la conceptualización”.⁶ No es extraño que se interesara también por elaborar una “teoría de los tiempos históricos” que constituye uno de sus mejores legados.

En el inmenso diccionario de *Conceptos históricos fundamentales* del léxico alemán ya referido, las voces escogidas procedían, por lo demás, tanto del vocabulario político, como del económico, social o filosófico (“políticas” tam-

5. JOAQUÍN ABELLÁN, ‘Historia de los conceptos (“Begriffsgeschichte”) e historia social. A propósito del diccionario “Geschichtliche Grundbegriffe”, *Revista de Estudios Histórico Jurídicos (sección materiales)*, XIV (1991), pp. 277-289.

6. REINHART KOSELLECK, ‘Historia de los conceptos y conceptos de historia’, *Historias de conceptos. Estudios sobre la semántica y pragmática del lenguaje político y social*, Editorial Trotta, Madrid, 2012, pp. 27-44

bién en sentido amplio), desde *Adel/Aristokratie*, que es la primera entrada por orden alfabético, hasta *Zivilisation/Kultur*, que constituye la última. Todas ellas nombran conceptos que han llegado hasta el presente y que han registrado el cambio hacia la modernidad, en algunos casos surgiendo casi de la nada, en otros adaptando su significado a las condiciones modernas. Es fácil hacerse una idea de la importancia que cobró la labor de Koselleck en esta obra si anotamos que se encargó de coordinar en solitario tres de los siete volúmenes que recogen las voces que conforman el diccionario, que contó con la colaboración de Christian Meier para efectuar esta tarea en otros dos, y que el octavo volumen, dedicado a índices, lo confeccionó con la ayuda de Rudolf Walther. De los 122 vocablos historiados, Koselleck participó directamente en doce, diez en colaboración con otros autores y dos como autor único: *Krise* y *Bund/Bündnis/Föderalismus/Bundesstaat*.

La “historia de los conceptos” o “historia conceptual” conforma, de este modo, una versión actualizada de lo que siempre se ha denominado “historia intelectual” o “historia del pensamiento”, pero una versión de innegable originalidad –por sus vínculos con la historia social– y alejada de autores todavía dignos de ser leídos, como el historicista Meinecke en Alemania, el prestigioso Arthur O. Lovejoy en los Estados Unidos, o el eminente Paul Hazard en Francia, por citar sólo los más conocidos. Sí que se pueden establecer, por el contrario, fuertes similitudes entre la peculiar perspectiva metodológica de Koselleck y la de los “historiadores del discurso político” anglosajones –la llamada “Escuela de Cambridge”–, entre los que descuellan su coetáneo J. G. A. Pocock y el algo más joven Quentin Skinner. Tanto éstos como aquél –pese a la voluntad mutua y reiterada de marcar las distancias– imbrican ideas y contexto histórico en una relación que no existía o quedaba minimizada en la obra de los historiadores de ayer, y ello aunque la unidad de análisis de Koselleck –el “concepto”– y la de Pocock, Skinner y adláteres –el “discurso”– no son idénticas ni intercambiables. Algo parecido podría decirse de las relaciones entre la “historia

de los conceptos” alemana y el tipo de acercamiento a la “historia conceptual de la política” que acaudilla en Francia ese gran historiador que es Pierre Rosanvallon.

La recepción en España de la obra de Koselleck no ha sido, y hay que felicitarle por ello, efímera flor de un día (pese a algunas dificultades al principio de las que más abajo hablaremos). Si suele ser muy poco raro acusar al mundo académico español de cierto ombliguismo, en éste caso la imputación no puede, afortunadamente, prosperar: desde hace décadas las referencias a Koselleck no son agujas en un pajar, y politicólogos como el citado Joaquín Abellán en Madrid, filósofos como Faustino Oncina en Valencia y José Luis Villacañas en Murcia, e historiadores como Javier Fernández Sebastián en el País Vasco y Juan Francisco Fuentes también en Madrid, por mencionar algunos nombres destacados que habrían de ir seguidos de un etcétera no demasiado lato, pero tampoco exiguo, se han aproximado, a la tarea del historiador alemán, reflexionando sobre ella e incluso emulándola. En el estricto campo de la historia, los *Diccionario político y social del siglo XIX español* (publicado en 2002 por Alianza Editorial) y *Diccionario político y social del siglo XX español* (2008, igualmente en Alianza Editorial), que dirigieron los profesores Fernández Sebastián y Fuentes, así como el ambicioso *Diccionario político y social del mundo iberoamericano*, del cual únicamente ha visto la luz, de momento, un primer volumen dedicado a *La era de las revoluciones, 1750-1850* (2009, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales), dirigido por Javier Fernández Sebastián, son preciosos hitos en un vasto programa investigador fértil y con futuro.

Además, Koselleck ha sido profusamente traducido al castellano. Ya en fecha tan temprana como 1965 la editorial Rialp publicó *Crítica y crisis del mundo burgués*, su tesis doctoral, que ha merecido una nueva edición de Trotta en 2007. De 1993 data la versión castellana (de Paidós) de una de las mejores obras del autor, *Futuro pasado*, y de 2001 la de otro volumen señero, *Los estratos del tiempo* (de Paidós asimismo). En 1997 apareció (de nuevo en Paidós) el libro *Historia y hermenéutica*, que reúne un texto koselleckiano con otros dos de Gadamer. En 2003, *Aceleración, prognosis y secularización* (en Pre-Textos), y un año después (en Tro-

tt) *historia/Historia*, traslación de las secciones redactadas en su día por Koselleck para la voz correspondiente del *Geschichtliche Grundbegriffe* mencionado más arriba. Tras la muerte de éste en 2006 la traducción de sus textos ha continuado. Así, en 2012 vieron la luz *Modernidad, culto a la muerte y cultura nacional* (editado por el Centro de Estudios Políticos y Constitucionales) e *Historias de conceptos. Estudios sobre semántica y pragmática del lenguaje político y social* (por Trotta). Y en 2013 *Esbozos teóricos ¿sigue teniendo utilidad la historia?* (Escolar y Mayo Editores) y el volumen que aquí nos ocupa: *Sentido y repetición en la historia*.

Después de lo que llevamos dicho, que no es poco, se comprenderá que la publicación en castellano de más textos de Koselleck sólo puede ser saludada con plácemes y parabienes. De este modo se dan nuevos pasos, en este caso por iniciativa de la editorial bonaerense Hydra, en la línea de completar la traducción de los trabajos del autor a la lengua de Cervantes. *Sentido y repetición en la historia* reúne, específicamente, tres escritos no muy extensos, producidos en momentos temporales algo alejados entre sí, y con diversa profundidad pero innegable valor, que se han seleccionado de una reciente compilación alemana al cuidado de Carsten Dutt (¿por qué no se habrán incluido los demás?: no se nos aclara), y que se acompañan de sendos prólogo y epílogo debidos a la pluma de Reinhard Mehring, un politicólogo que ejerce en Heidelberg y que ha publicado libros sobre Martin Heidegger, Thomas Mann o Carl Schmitt. Antes de comentar brevemente su contenido, sin embargo, debemos avisar de que nos encontramos ante la concreción, mínima y comprensible en todo caso, de una especie de ley de los rendimientos decrecientes de las traducciones koselleckianas: según crecen en número, menos importancia relativa tienen en el conjunto de la obra del autor los textos trasladados. Eso no significa que hayamos de volvernos atrás en nuestra previa concesión de parabienes. Sólo matizarla: los que ya conocen a Koselleck no hallarán aquí radicales novedades que modifiquen sensiblemente el conocimiento adquirido con anterioridad, que en todo caso podrán aumentar y afinar; los lectores que busquen iniciarse en su obra ha-

rán bien en comenzar con *Futuro pasado* y con *Los estratos del tiempo* si quieren hacerse una idea cabal de sus razonamientos y de sus logros.

El prólogo de Mehring que abre el pequeño volumen se titula “Teoría de la historia después de Nietzsche y Stalin-grado” y se escribió en el año 2012. El encabezamiento ya nos dice por dónde van los tiros: se trata de una más que correcta aproximación a la biografía intelectual de Koselleck, rica en pormenores y especialmente bien contextualizada. Muy ilustrativo es el amplio recorrido que se realiza por su período de formación –de manera que se detallan los autores en que encontró inspiración y las deudas que contrajo con cada uno de ellos– y por su carrera académica, La posición central alcanzada por el personaje en el seno de una tupida red de relaciones interdisciplinarias queda meridianamente subrayada: su historia conceptual es una historia que cohabita sobre todo con la filosofía, pero también con la lingüística y con la sociología. Asimismo se repasa de manera somera el grueso de su obra, dando al lector la oportunidad de familiarizarse con uno de los autores más capaces y merecedores de atención – más aventurado sería decir que más influyentes– de la historiografía contemporánea.

El primer estudio es sin duda el más desfasado. Publicado en 1971 y dedicado a Werner Conze, “¿Para qué todavía la investigación histórica?” es una lúcida reflexión sobre la “crisis” del historicismo alemán tras la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias en la reorientación de la tarea de los historiadores. Ahora bien, los más de 40 años transcurridos desde su génesis le pasan factura y dan al texto un valor de testimonio, de documento de un pasado que es ya otro país (un precioso documento, puesto que demuestra cómo en esa fecha estaban trazadas con firmeza las líneas maestras de la indagación kosellekiana), más que de estímulo para los historiadores actuales. En efecto, su mayor interés reside en que nos permite captar, sin intermediaciones ni acercamientos hipotéticos, qué pensaba Koselleck de la historia en el preciso momento en que se estaba gestando el tomo inaugural de los *Conceptos históricos fundamentales* y qué proyectos se planteaba de cara al futuro.

El segundo escrito es mucho más jugoso, más maduro, y su valor no corre el mismo peligro de quedar marchitado por el paso del tiempo. He de decir que, a mí, su lectura me ha resultado cautivadora, absorbente. “Sobre el sentido y el sinsentido de la historia”, que así se llama, está datado en 1997 y dedicado a Dieter Groh, otro discípulo de Conze con una brillante carrera académica a la espalda, en este caso en la Universidad de Constanza. Empieza hablando de “una colección de cartas de soldados de Stalingrado que no volvieron a su país, pero cuya correspondencia –cual necrológicas escritas por ellos mismos– fue despachada de vuelta a Alemania con los últimos sacos postales”. Las cartas no fueron entregadas a sus destinatarios, sino retenidas por Goebbels con el propósito de editar una selección de ellas que acreditara el heroísmo de aquellos ausentes definitivos. De este modo, las sacas de correo “legaron un copioso conjunto de interpretaciones que buscaban en vano arrancarle un sentido a la catástrofe”. Ahora bien, “lo irritante de esta portentosa colección de fuentes es que constituye una falsificación”, un fraude bien montado. Las cartas compiladas y publicadas surgieron, en realidad, de la pluma de un propagandista al servicio de Goebbels, que inventó lo que convino y con gran éxito. “La lograda ficción de las cartas fue suficiente para que los lectores adhirieran a la idea de que en Stalingrado había reinado la *ausencia de sentido*” y que los participantes lo habían experimentado también así. Los lectores compartían el mismo “horizonte de experiencia” que el falsificador había conseguido reponer, y “allí se fusionaron todas las interpretaciones ideológicas de las que disponía entonces el lenguaje de la propaganda”.⁷

Esta “historia falsa” (en el sentido que dio a la expresión el clasicista italiano Luciano Canfora) sirve para introducir el problema de buscarle sentido –o sinsentido– a la horrenda batalla de Stalingrado, es decir, para aprehender la “historia de la recepción de Stalingrado”. Una búsqueda que induce a plantear preguntas que asumen una significación diferente a partir de la antes citada “disputa de los historidores”: “Stalingrado ¿frenó o más bien incrementó los asesinatos de judíos?”. Como es conocido, en este asunto Koselleck tendió a dar algo de cal y algo de arena,

7. Todas las frases entrecomilladas en este párrafo proceden de las páginas 80 a 82 del libro.

a conceder un lugar al sol a los planteamientos revisionistas aunque manteniéndose distante, sin hacerlos del todo suyos, pero sin atacarlos tampoco con la debida contundencia. Una especie de “justo medio” que, a mi parecer, beneficiaba más a Nolte y compañía que a los críticos que encabezaba Habermas. “Resulta posible establecer una correlación entre la batalla de Stalingrado y la aniquilación de los judíos” –escribe en este opúsculo mostrando su postura matizada–, las secuencias de eventos que llevan a la batalla y a la matanza “tienen, por más diferentes que sean, una raíz común”. Esa raíz es, en su opinión, anterior a la guerra, de manera que “no cabe establecer ninguna relación causal entre las dos cadenas de acontecimientos: no se combatió hasta el final en Stalingrado para continuar con las acciones de exterminio que se ejecutaban detrás de las líneas ni Stalingrado tuvo lugar para que Auschwitz fuera posible”.⁸

Cargado con este bagaje, Koselleck puede transitar con agilidad del caso a la teoría: “las historias mismas sólo se consuman en un médium constituido por la percepción de los que forman parte en ellas. Las representaciones que se hacen los actores de lo que han de hacer u omitir son los elementos a partir de los cuales se ensamblan, fracturadas, de modo perspectivista, las historias”.⁹ La reflexión gana de este modo altura teórica (que se apoya y se hace explícita en las referencias a Humboldt, a Nietzsche, a Ricoeur), y se desarrolla en excelentes y bien construidas páginas que analizan, con la ayuda de ejemplos escogidos con habilidad (igual que sabe pasar del caso a la teoría, Koselleck es capaz de pasar cuando lo necesita de la teoría al caso), el sentido y/o el sinsentido atribuibles a los acontecimientos históricos por participantes y observadores –historiadores y filósofos incluidos– y los abusos que se pueden derivar de esas atribuciones. Unas páginas que, obviamente, no podemos resumir con la extensión que se requeriría para hacerles justicia. La conclusión final se expresa en una sonora frase: “la historia no es ni un tribunal ni una coartada”.¹⁰

El tercer texto, “Estructuras de repetición en el lenguaje y en la historia”, de 2006 (año, recordemos, del fallecimiento del autor), propone y desarrolla una tesis que

8. Las frases entrecorilladas proceden de las páginas 86 a 88

9. Página 95

10. Página 123

Koselleck resume de los términos siguientes: “Las personas y lo que les sucede, los acontecimientos y conflictos en que están envueltas, así como la forma en que éstos se resuelven (ya sea como catástrofes o soluciones de compromiso), son únicos e irrepetibles en el carril temporal de los acontecimientos. Pero todo ello está, al mismo tiempo, inscripto o contenido en premisas que se repiten, sin ser jamás por completo idéntico a ellas”.¹¹ Estas estructuras de repetición “se escalonan en diversas profundidades”, explica el autor, abarcando en primer lugar “las condiciones no humanas de nuestra experiencia”; después, “los presupuestos biológicos de nuestra vida que compartimos con los animales”; en tercer lugar “las estructuras de repetición que son propias del ser humano”, y que Koselleck identifica con las instituciones; a continuación, “aquellas instancias repetibles que suceden una única vez”, ejemplificadas en la profecía, la propaganda y la planificación; y, finalmente, “las estructuras de repetición lingüísticas, dentro de las cuales todas las instancias repetidas y repetibles antes mencionadas fueron y continúan siendo generadas y descubiertas”.¹² A pesar de decaer, en mi opinión en algunos momentos, el texto es tan sólido como informado, y demuestra cómo, a punto de morir, aquel octogenario seguía mostrando vigoroso músculo. Su opción por investigar las estructuras de repetición desde una perspectiva que prima la larga duración y no deja margen para las coyunturas de cambio puede dejar en el lector, sin embargo, una cierta y prolongada impresión de conservadurismo “residual” sobre el que volveremos enseguida.

En el breve epílogo que cierra el volumen, “Koselleck y Schmitt en torno a una teoría política de los conceptos”, Reinhard Mehring se acerca a las relaciones entre nuestro historiador y el famoso jurista antiliberal, antidemocrático, teórico de la dictadura, comprometido con el régimen de Hitler al que sirvió y sobrevivió, y “ultra” hasta la muerte. Respecto a la filiación schmittiana de Koselleck ya había insistido —y mucho— Jürgen Habermas, y el mismo Koselleck había reconocido a Schmitt como uno de sus maestros e inspiradores. Ahora Mehring pone negro sobre blanco la naturaleza muy estrecha de esa filiación, documentándola incluso mediante la utilización de la co-

rrespondencia cruzada entre ambos. Frente a la visión habitual que suele circunscribir la influencia de Schmitt sobre Koselleck a la obra temprana de éste —su tesis doctoral *Crítica y crisis del mundo burgués* ya aludida—, Mehring opina que ésta “tiene un alcance mayor” y que resulta asimismo importante para la “historia de los conceptos” y la “teoría de los tiempos históricos”. La noción de “concepto fundamental”, sostiene, “retoma la teoría schmittiana sobre el carácter polémico de la formación de los conceptos políticos”. Ahora bien, el largo camino recorrido por la indagación de Koselleck le llevó a un contraste crítico con la obra de su maestro que le permitió liberar “su visión de la historia de toda connotación política directa”. Lo que no significa, de ninguna manera, una despolitización en última instancia. “La historia de los conceptos es inevitablemente una política de los conceptos mediada por la reflexión, y viceversa”. Mehring concluye que “al progresismo de la Modernidad Koselleck opuso sobre todo la referencia a estructuras conservadoras” como las que forman “los estratos del tiempo”. Quiso, por ello, ser una especie de “retardador” semántico para la “aceleración” moderna. “Su teoría sobre los conceptos tiene evidentemente un sesgo político”.¹³

Ese sesgo político conservador que se intuye en los textos del libro que reseñamos, y que en el epílogo se afirma más que se sugiere, quizá se entenderá mejor si procedemos a contextualizar a Koselleck en el campo historiográfico alemán de su tiempo. Simplificando mucho, si la escuela de Bielefeld ha sido calificada sin ambages (lo hace Perry Anderson) de “corriente liberal de izquierdas” (Wehler y Habermas, sin ir más lejos, son amigos desde el colegio) y la *Alltagsgeschichte* también bebe, pese a sus ruidosos desencuentros con la anterior, y en virtud de sus orígenes “alternativos”, de sus opciones temáticas, teóricas y metodológicas, y de sus relaciones (a Niethammer, por ejemplo, lo ha traducido la *New Left Review*), las aguas de la misma orilla, Brunner, Conze y Koselleck han sido vistos como los conspicuos representantes de la renovación de la historiografía alemana de derechas tras la crisis de hegemonía del maltrecho historicismo. Unos representantes, por cierto, con biografías inquietantes, en especial los dos primeros.

13. Las frases entrecomilladas proceden de las páginas 164 a 169

Las vinculaciones de Brunner con el régimen de Hitler no quedaron en simple coqueteos y son hartamente conocidas. Conze llegó aún más lejos y puede ser calificado como un modélico nazi de libro. Las medidas de “desnazificación” de las potencias ocupantes afectaron, curiosamente, más al primero que al segundo, pero pocos años después de finalizada la guerra ambos ocupaban plácidas cátedras universitarias. Desnazificar Alemania fue un propósito que quedó a medio camino. Koselleck, como ya hemos dicho más joven que los anteriores, recibió la misma educación nazi que todos los muchachos de su edad (aunque su padre fue perseguido por el nazismo), combatió durante la guerra como soldado de la Wehrmacht, vio como su pie era aplastado por un tanque nada menos que en Stalingrado (¿disponer de tal experiencia generó la condición de posibilidad que hace tan bello el arranque de segundo texto del libro que nos ocupa?) y acabó de prisionero del ejército soviético, que lo empleó en los trabajos de desmantelamiento del campo de exterminio de Auschwitz y lo liberó en octubre de 1945. Después hubo de pasar por un curso de desnazificación en el castillo de Göhrde, donde conoció a uno de los mejores –y más longevos– historiadores del siglo pasado, el marxista Eric Hobsbawm, a la sazón miembro del cuerpo del ejército británico de reeducación. Sólo en 1947 pudo comenzar sus estudios universitarios en Heidelberg, un lugar donde se respiraba un acusado aire liberal y donde entró en contacto con Karl Jaspers y Alfred Weber (el hermano de Max), ambos reconocidos y prestigiosos profesores antinazis. Después se sintió especialmente atraído por las enseñanzas de otro singular personaje que alcanzaría notable fama y longevidad, el repetidas veces citado Hans-Georg Gadamer (que aunque no se llegó a afiliarse al partido nazi, no había sido precisamente un valeroso resistente antifascista ni nada que se le pareciera), así como por las de Karl Löwith (de origen judío, lo que le llevó a abandonar Alemania y a regresar tras la derrota de Hitler y los suyos), que como el anterior había pertenecido al círculo de Martin Heidegger (que sí que se había afiliado en su día al nacionalsocialismo), el filósofo que aportó cierta tonalidad existencialista a Koselleck. Por la misma época recibió el mencionado y

decisivo influjo de Carl Schmitt (otro longevo), a quien su nazismo impenitente mantenía fuera de la docencia universitaria. En este itinerario de aprendizaje caracterizado por un fuerte toque de interdisciplinariedad, su formación como historiador se produjo de la mano del citado Werner Conze –que se acomodó tanto a las nuevas circunstancias que casi hizo olvidar su notable pasado nazi– y del anciano Johannes Kühn, antiguo profesor de la Universidad de Leipzig recolocado en Heidelberg, que transfirió a Koselleck la docencia teórica en el establecimiento cuando se convirtió en emérito, con lo que éste inició su trayectoria docente.

Con tales antecedentes –dime con quién vas y te diré quién eres– no parece extraño que el trabajo de Koselleck despertara sospechas desde fecha temprana entre los intelectuales de izquierda. Ni que hubiera quien lo acusara de enmascarar intereses continuistas con el pasado más aciago de Alemania. Al fin y al cabo, todos sus mentores no habían sido nazis, es cierto, pero la numerosa presencia de éstos en el conjunto impregnaba, en el parecer de éstos, a nuestro autor de su tufillo. Así, pese a compartir con Wehler destino en Bielefeld, ambos nunca fueron uña y carne, sino más bien lo contrario. Y ya hemos mencionado los grandes recelos con que siempre le obsequió Habermas. La posición de Koselleck, que podemos calificar cuanto menos de cautelosa –jugando a mantenerse *au-dessus de la mêlée*– durante la “disputa de los historiadores”, y que ya se ha comentado, no contribuyó a aclarar las dudas que suscitaba su reconocida condición de discípulo de Schmitt. En España la etiqueta de autor “facha” lo acompañó durante largo tiempo y dificultó sobremanera su acogida en los ambientes académicos democráticos y de izquierdas. Que su primer libro lo tradujera Rialp –la editorial del Opus Dei– y que el lugar en el que más pronto se hablara de su obra fuera la Universidad de Navarra –la universidad del Opus Dei– son datos que no conviene pasar por alto si queremos entender por qué el autor alemán generaba fuertes suspicacias en esos ámbitos. Si encima se tiene en cuenta su declarado linaje schmittiano y las consabidas relaciones del jurista nazi con el régimen de Franco (el Instituto de Estudios Políticos, a la sazón dirigido por Ma-

nuel Fraga Iribarne, llegó a organizar un acto de homenaje a Schmitt en Madrid en 1962) no nos debe de sorprender que en los círculos intelectuales ajenos al más acrisolado franquismo se le viera como un autor peligroso aún años después de muerto el dictador. Sin leerlo, cabe añadir. Afortunadamente el tiempo puso las cosas en su sitio y, como ya se dijo más arriba, la recepción de Koselleck en España ha sido amplia y en ella se han visto implicados, aunque no por igual, tirios y troyanos.

Porque la historia koselleckiana no es, de ninguna manera, un arma al servicio de una hipotética “revolución conservadora” o del “viejo orden querido por Dios”. Se trata de un producto sofisticado y con ambición teórica, lleno de complejidades y sutilezas, y que, como hemos visto que señalaba Mehring, se quiere libre de cualquier connotación política directa. Lo que podríamos denominar su “conservadurismo residual” queda tan desleído que permite que sus razonamientos puedan seducir a personajes de muy distinto pelaje. Si la historia de los conceptos nace en buena parte de los espumarajos de un nazismo vergonzante (Brunner, Conze, Schmitt), en tanto que modelo historiográfico trasciende gracias a Koselleck sus raíces tóxicas y su inicial entorno de producción para situarse en un punto neutro que le procura operatividad en diversos proyectos de investigación. Dicho de otro modo, como metodología no es sólo aséptica, sino también capaz de impulsar historias alternativas y antitéticas. En la Edad Media la pintura al fresco servía para llenar de escenas religiosas el interior de los templos, pero durante el Renacimiento y el Barroco se usaba para revestir de paganismo mitológico las techumbres de los palacios. El conservadurismo de la historia de los conceptos está más en su cuna que en el desarrollo que le dio Koselleck, por más o menos conservador que fuera como individuo. Exhortar, como él hacía, a un manejo crítico de la historia como forma argumentativa no es precisamente extender una receta para el consumo de certezas por parte de carcas. Por eso opinamos, con Oncina, que “la *Historia conceptual* de Koselleck no posee malas entrañas a pesar de disimular a veces sus malas compañías” y que “alberga todos los ingredientes para estimular una reflexión sobre

el uso público de la historia o de la razón histórica”.¹⁴ En definitiva, estamos ante un historiador conservador que hizo progresar la historia.

¿Han de ser leídos los historiadores conservadores –y importa poco que sean de un conservadurismo residual como Kosselleck o retrógrados a la manera, por ejemplo, del viejo Marcelino Menéndez y Pelayo– sólo por lectores conservadores, los historiadores católicos sólo por lectores católicos y los historiadores marxistas sólo por lectores marxistas? Ello constituiría, como cualquier otra expresión de sectarismo, una muestra de monumental estupidez si se trata de autores de innegable calidad. Muchos turistas descreídos, agnósticos o ateos disfrutaban visitando la Sagrada Familia de Barcelona sin que su falta de fe se conmueva ni flaquee. Para gozar estéticamente de tan maravilloso monumento no se requiere creer en los abstrusos dogmas y misterios del catolicismo romano que practicaba Gaudí. Es lo que se suele querer decir cuando se habla de la autonomía del arte. De manera análoga, la historia –que, pese a sus ínfulas científicas sigue siendo a la vez ciencia y arte– puede persistir como un producto nocivo de la química del intelecto humano únicamente si los autores y los lectores se acercan a ella con el espíritu estrecho de aquella historia de los nuestros –los buenos– y los otros –los malos– que criticaba Paul Valéry. Los que, a diferencia de Schmitt, sí que entendemos el pluralismo como un decisivo valor político, no podemos ignorar los meritorios hallazgos de corrientes de las que nos separan principios y postulados. No se requiere ser conservador para apreciar la excelente aportación a la historiografía del siglo XX de Reinhart Koselleck, ni comunista para leer con provecho a magníficos historiadores como Eric Hobsbawm o Edward Thompson. El estudio de los conceptos es importante más allá de su origen en una historiografía de un signo político u otro, al igual que el estudio de las clases sociales es importante más allá de su origen en una historiografía de signo diferente. Los buenos historiadores merecen ser leídos sin la lente deformadora de los prejuicios ideológicos, ya que los mejores historiadores suelen ser precisamente aquellos que, armados con una metodología rigurosa y comprometidos con una cier-

14. FAUSTINO ONCINA COVES, ‘Experiencia y política en la historia conceptual’, *Res publica*, 1 (1998), pp. 103-119

ta idea de “verdad”, no pretenden adoctrinar ni convencer a convencidos, sino que intentan mantener bajo control (lo que no equivale a negar ni a ocultar) sus propios prejuicios, sus íntimas filias y sus personales fobias.

Reinhart Koselleck quedará, sin duda, como uno de los más grandes historiadores de la pasada centuria y sus obras no perecerán encerradas en ningún baúl de los recuerdos, que es el depósito de lo condenado a ser olvidado. Sus aportaciones teóricas y metodológicas (con su indeleble marca de interdisciplinariedad), algunas de las categorías históricas que acuñó –en especial “espacio de experiencia” y “horizonte de expectativa”– o el enorme saber acumulado en el diccionario de *Conceptos históricos fundamentales* que codirigió –y que quizá perviva como un lugar de memoria de la historiografía alemana– merecerán probablemente la consideración de hitos de la historia novecentista. Nunca ha habido tantos historiadores en activo, ni han escrito tanto, como en los años que separan la Segunda Guerra Mundial de nuestro presente, pero estoy plenamente convencido de que en las historias de la historia futuras habrá una brillante página a él dedicada –al igual que la tendrán Hobsbawm, Thompson y tantos otros autores de los que nos han acompañado a lo largo de esta reseña– en la cual se recapitularán sus planteamientos impidiendo que duerman el sueño eterno de los justos. Y tengo la impresión de que estos tres opúsculos ahora vertidos al castellano no aparecerán citados sólo como meras notas a pie de página.